

Editorial	
Entrevistas	
Ensayos	
Pterodáctilo recomienda	
Artículos	
Cuentos y ficciones	
Poesía	
Arte	
Reseñas	

Víspera Blanca

Rubén Builes
Graduate Student, Rice University

Le digo que escuché su voz, a lo lejos, al otro lado del viejo castillo. Le digo, le repito, que he sido encerrada, justo a la víspera de su llegada. Que me rodeaba entonces, en mi encierro, el olor a satén nuevo. El aroma del crepé crujiente, de flores numerosas, de la llama que arde vigilante. Y que sin embargo todo era oscuri-

dad. El velo transparente, enturbiando mi pálido rostro de novia. Los blancos guantes, el vestido que me envuelve, blanco también.

Todo se ha quedado a oscuras. Los sacerdotes cantan salmos tristes por la partida de la doncella. Las voces femeninas tiemblan con sus rezos. Los niños y los sirvientes lloran a lo lejos. Desesperados. Adivino sus caras pálidas, vacilando a la luz de las velas en los pasillos hondos y húmedos. Rostros niveos perdiéndose en los fosos renegridos de la tristeza. Mis hermanas que visten de negro... Puedo sentir que gritan desoladas en sus habitaciones, iluminadas apenas por las llamas que se van consumiendo en las lámparas. Se lo explico pero él no lo entiende. Su educación pagana, sus veladas arrulladas por los cantos de las coéforas y las oceánides, no comprenden los ritos cristianos; sin embargo me abraza cuando le aclaro que al otro lado de mi encierro se apaga de repente el llanto de mi madre resistiéndose a dejarme sola, antes de cerrar la puerta última detrás de mí.

Se va la voz de mi progenitora y cesan sus gemidos. Los niños que tiemblan de pavor, esconden el dolor en los pechos de las sirvientas para evitar ser escuchados, mientras éstas se atragantan con sus propias lágrimas. Mis hermanas sucumben al cansancio, sus párpados se aprietan aciagos, previniendo que la llama se consuma antes que llegue el sueño. Los visitantes se han marchado, sin ocuparse de que su

prisa no sea notada: Más poderoso que la cortesía es el miedo que tienen de que los sorprenda la oscuridad en nuestra morada. Me he quedado sola, se lo digo, y luego le enumero los nombres de las tristezas que me invaden al enterarme de que la pálida noche ha caído, según me lo delata el silencio aterrador. Me estremezco pensando que los sacerdotes ya no volverán a cantar sus salmos, triste compañía; que mi madre me ha dejado por atender al huésped ya indeseado para luego correr a bordar vestidos de fiesta para otra de sus hijas; que no me acompañan los llantos de mis sirvientes ni los gritos enloquecidos de mis hermanas. Que han alejado definitivamente los ladridos de los perros que persiguen los carros de los visitantes en fuga y todo torna a la quietud.

Las velas que me rodean se han apagado y con ellas el ruido –amigo postrero– que produce el fuego al crepitar. Quedo a solas, aterida y olvidada novia de blanco. No sé cuántas horas han pasado pero he llorado lo indecible en mi encierro cuando escucho a lo lejos su voz. Grave, lenta, modosa. Dialoga con mi madre, solícita; responde a mi padre, obediente. Puedo decir por su tono que no lo sabe aún. Ignora que lo llevarán pronto al lecho fatídico. Desconoce, también, la suerte de la novia, que ha sido ya encerrada, designada para otros destinos. Eso...eso no se lo explico. Eso no debe escucharlo a través de mi boca.

Han pasado ya algunas horas cuando me presento ante el lecho donde reposa. Ese

lecho que ha sido el mío durante años, hasta hace apenas una día y que ahora ha sido usurpado por el novio desconocido. He hablado de mi encierro, de mis horrores sin número. Él ha callado. Es hermoso en su discreción como las hojas del otoño al caer, como los libros de mi padre, como los cantos de la abadía. Luego de haber escuchado sin comprender, ha dicho te amo. La ventana se abre, violenta, sacudida por el viento. La seda de las cortinas remonta vuelo. Se agitan vehementes los velos que me rodean. No le creo. Su corazón palpita asustado. Vuelve atemorizado el rostro hacia la dirección en que entra el viento. La ráfaga lo envuelve entre mis mantos blancos. Las ventanas se agitan, se cierran nuevamente. Los perros vuelven a ladrar a la oscuridad. Persiguen carruajes invisibles en sus sueños.

Ha dicho te amo, una vez más. Me estrecha delirante; su rostro se hunde en mi vientre, sus piernas, rodeadas por mis tules, aprietan las mías virginales. Una vez más no le creo, pero el viento, oportuno, no secunda esta vez mis pensamientos. Está desnudo y por eso me ama. Vientre, hombros, brazos. Viste sólo un jubón en el que se insinúa su miembro excitado. Lo he notado sin rubor al alejarme un poco, pretendiendo que me marchó. Sonríe. Dientes pálidos, labios amoratados. El frío es sólo mi piel. Sonríe. Me atrae hacia él susurrando una lengua que no entiendo. Palabras paganas llenan mi cuerpo de sensaciones desconocidas. Me atrae hacia él y ruedo sobre el lecho, envolviéndolo una vez más entre velos

blancos. Palabras paganas salen de mi boca. Callo. Mis labios abrazan su cuello duro. Mis manos estrechan el miembro que antes era una insinuación y me invade una felicidad desconocida. La belleza de mi amante es diferente de los cantos de la abadía, es diferente de los libros de mi padre, que no sé leer. Los perros ladran una vez más. La ventana se agita nuevamente. Él se aferra aterrado a un bucle de mi cabello que se derrama bajo mi túnica. Escucho un gemido de placer. Luego un grito de dolor, el único. Mis labios. Mis dientes. Su cuello, su pecho, sus brazos. La puerta se abre. Ha entrado mi madre. Una mueca de terror. Silencio. Es tarde para que le explique. Es tarde para que el novio entienda que ha llegado tarde a su matrimonio, que su novia ha muerto en la víspera. Que desposaría, sin saberlo, a la hermana de su prometida. La mirada de mi madre se fija en la mano del amante que, crispada, se aferra a un mechón de cabello que arrancó su dolor único. Me vuelvo hacia ella, agradecida: Ha dejado entreabierta la puerta de mi ataúd y yo he logrado escapar de la muerte sólo esta noche, para arrastrar conmigo al novio pagano.

Inspirado por el poema "La novia de Corinto" de Goethe.